



Guerras justas para paces justas

El Responsable del Área Internacional y Cooperación de la Fundación IDEAS, Antonio Estella, reflexiona sobre el discurso de Obama al recibir el Premio Nobel de la Paz.

El discurso de aceptación del Premio Nobel de la Paz que pronunció Barak Hussein Obama el pasado día 10 de diciembre es crucial para entender la doctrina que inspirará a partir de ahora la política internacional de Estados Unidos, sobre todo en materia de seguridad. Por eso la Fundación IDEAS reproduce su contenido, tanto en inglés como en español, recomienda su lectura a todos aquellos que estén interesados no solamente por la política internacional, sino por un mundo mejor, y además incluye este análisis sobre la importante aportación que Obama hizo en Oslo.

No podía ser más provocador hablar de guerra cuando a uno le están invistiendo con el título de ser el representante del año de la paz en el mundo. La razón ha sido sin duda alguna estratégica: Obama ha contrarrestado con ello cualquier tentación de caricaturizarle como un inocente pacifista en la que sin duda alguna el spin neoconservador habría incurrido de haber sido otro el contenido y tono del discurso. En este sentido, *mission accomplished*: Fox News, la cadena más conservadora de todo Estados Unidos, aun discrepando de la concesión del premio Nobel a Obama, se limitó a dar un tratamiento meramente informativo de la ceremonia. Al alejarse de una vacua retórica pacifista, Obama ha evitado abrir una nueva vía de crítica en el ámbito doméstico. Los que pensaban que Obama se presentaría en Oslo con un discurso de conveniencia para la ocasión, es que simplemente desconocen todo sobre este líder mundial.

Más allá de las cuestiones estratégicas, el discurso tiene una importancia fundamental, precisamente porque huye de la Escila de la no intervención como doctrina de las relaciones internacionales y de la Caribdis de la filosofía de la guerra preventiva que hasta ahora había aplicado la anterior administración americana.

La nueva doctrina sobre la guerra y la paz de Obama no es, sin embargo, un mero punto intermedio o de equilibrio entre las dos posturas anteriores: recuerda, sí, nociones que son bien conocidas por todos, pero incluye elementos innovadores que abonan un debate sobre la cuestión más importante que en política internacional tenemos delante de nuestros ojos: me refiero a la de la justificación de las actuaciones militares en el exterior desde una óptica progresista.

Vayamos en primer lugar a lo que tiene el discurso de Obama de conocido. La noción de “guerra justa” no es sin duda alguna ninguna novedad. Como todos los análisis han recordado en nuestro país y fuera de él hasta la saciedad, el dictum “si quieres la paz, prepárate para la guerra” no se lo inventó precisamente Obama, sino que habitualmente se le atribuye a un escritor romano de principios de nuestra era, Flavius Renatus Vegetius. La





definición de guerra justa como guerra proporcionada, recurso de última instancia cuando todos los demás medios pacíficos de resolución de conflictos han fracasado, y con el objetivo de salvar el mayor número posible de vidas civiles, tampoco es nuevo. Y finalmente, la idea de que la guerra se tiene que conducir de acuerdo con algunos estándares y normas básicas, tampoco es novedoso. Es de hecho tan así que, como sabemos, hay una importante parte del derecho internacional que es el llamado derecho de la guerra, en donde se articula un marco regulatorio que permite distinguir las guerras que se conducen de manera justa y legal de aquellas que no lo hacen.

Lo que sí es una novedad es que Obama haya re-introducido esta doctrina sobre la guerra justa, sobre los límites de la guerra, sobre la proporcionalidad en el uso de la fuerza y toda su progenie, de nuevo en el discurso político americano y, a través de él, en el internacional.

Recordemos la definición de Bush de la guerra preventiva, que adoptó tras los ataques del 11 de septiembre de 2001:

(...) the United States can no longer solely rely on a reactive posture as we have in the past. The inability to deter a potential attacker, the immediacy of today's threats, and the magnitude of potential harm that could be caused by our adversaries' choice of weapons, do not permit that option. We cannot let our enemies strike first. (The National Security Strategy, September 2002, point v)¹.

Punto número uno, por tanto, en el discurso de Obama de Oslo: vuelta a la tradición norteamericana en materia de relaciones internacionales, abandono de la doctrina Bush en materia de seguridad.

Pero Obama no se limita simplemente a recordar la gran diferencia que existe entre el actual titular de la Casa Blanca y su antecesor en esta materia, sino que introduce en su discurso numerosos elementos que son novedosos y que abren bajo mi punto de vista una nueva era en materia de relaciones internacionales en su dimensión de seguridad.

Para empezar, Obama hace un recuento de las "amenazas" que existen en el mundo actual mucho más acorde con la realidad del siglo XXI. Esas amenazas no son solamente la guerra y el terrorismo internacional. Son amenazas mucho más "complejas y difusas", que tiene que ver, además, con la extensión del hambre en el mundo, con las enfermedades, con la pobreza, con la falta de agua y alimentos, con las sequías, con las pandemias, etc. En este sentido, Obama abraza un concepto de seguridad "ampliada", que está en línea con las más modernas tendencias sobre esta cuestión. Además, Obama define la paz no en el sentido clásico, como la mera "ausencia de guerra", sino como aquella situación en la que se respetan los derechos humanos y la dignidad del hombre. La expresión más acabada de los atentados contra los derechos humanos y la dignidad de

¹ (...) Los Estados Unidos no pueden apoyarse solamente en medidas reactivas, tal y como hemos estado haciendo hasta ahora. La falta de capacidad para disuadir a un atacante potencial, la inmediatez de las amenazas de hoy en día, y la magnitud del daño potencial que puede ser causado por las armas que emplean nuestros adversarios no permiten tal opción. No podemos dejar que nuestros enemigos nos golpeen primero.





las personas puede ser la violencia física, sí, pero también hay formas mucho más sutiles que atentan de forma igualmente palpable a nuestra propia esencia como seres humanos.

A partir de ahí, Obama apunta una serie de ideas y conceptos que forman el sustrato político sobre el que se asentará la definición de las políticas que la administración americana tendrá que plasmar, más adelante, con algo más de detalle. Primero, Obama recuerda la famosa frase de Kennedy, “centrémonos en una paz más práctica, más alcanzable, basada no en una revolución repentina sino en una evolución gradual de las instituciones humanas”. Segundo, Obama establece un camino, o mejor, una serie de herramientas para alcanzar ese tipo de paz. Esas herramientas son, en primer lugar, el uso de presiones e incentivos internacionales. Segundo, la expansión de los derechos humanos por el mundo entero; y tres, la extensión de una cada vez mayor estabilidad económica y social en el planeta.

Todo ello abre, como señalaba más arriba, un debate de la máxima profundidad sobre la cuestión que presidirá las relaciones internacionales a partir de ahora, en particular en su dimensión de seguridad: la de la justificación o fundamentación de las actuaciones militares en el exterior.

Es evidente que Obama tiene esta cuestión en la cabeza cuando, después de recordarnos su nueva doctrina para la guerra y para la paz, el Presidente norteamericano no descarta la adopción de decisiones unilaterales en esta materia. Pero más allá de ello, lo importante es que el discurso de Oslo permite pensar que Obama entenderá justificadas las actuaciones en el exterior al menos en dos casos: primero, cuando la seguridad de sus conciudadanos esté en juego; y segundo, cuando existan amenazas reales para otros seres humanos, que desde la perspectiva del derecho internacional y humanitario, y también de los estándares éticos y morales que presiden nuestra sociedad, se consideren de todo punto inaceptables.

Ello incluirá, en su caso, intervenciones militares. Además, la justicia del objetivo, el hecho de que lo que se pretenda sea conseguir una paz justa, no podrá suponer intervenciones militares que superen los límites del derecho internacional. Por tanto, no solamente la paz deberá ser justa: también la guerra tendrá que serlo. Ninguna paz justa podrá justificar, bajo la nueva doctrina Obama, una guerra que no lo sea.

Estamos ante un cambio de paradigma, que sin duda tendrá muchas consecuencias para el nuevo orden.

